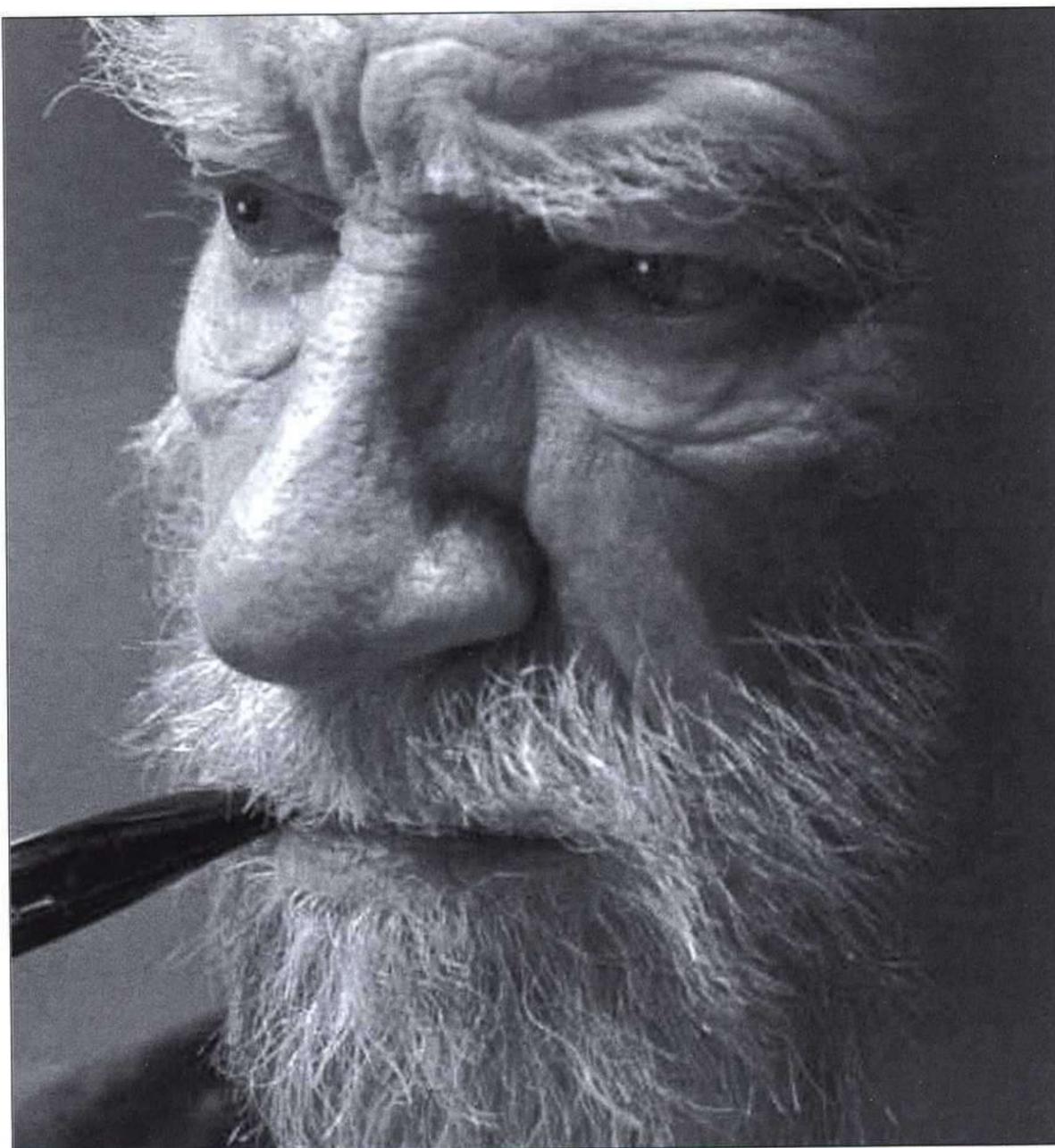


Hay niños en Fernando Fernán-Gómez

Por Juan Tébar*

Fernando Fernán-Gómez escribió sobre niños e, incluso, para niños. Los ladrones, publicada en 1986 en la colección Luna de Papel de Anaya, es un texto ejemplar, que transmite una moral, sin caer en la moralina. En él, el actor y escritor, se sirve de los elementos clásicos del cuento infantil y del lenguaje oral para construir la historia. Al margen de este libro infantil, se puede rastrear la presencia de niños en obras de teatro o en la poesía del autor.



Hace muy poco, en un periódico nacional, escribía Enric González —hijo del gran González Ledesma— que en 1951, año de *Balarrasa*, la película que él comenta, «Fernando Fernán-Gómez era todavía un actor, un tipo que hacía un papel. Luego se convirtió en Fernán-Gómez, un hombre con una película alrededor...». O sea, que su personalidad lo dominó todo y oscureció no sólo sus trabajos sino incluso aspectos de sí mismo.

Hasta 1984 —*Las bicicletas son para el verano*, Premio Lope de Vega de teatro— ni siquiera se le consideraba seriamente como escritor, aunque llevaba unas cuantas obras, novelas, artículos, y poemas escritos. ¹ Y a partir de un día en que se defendió increpando a un admirador más o menos latoso, la gran parte del mundo que sólo le conocía por algunas manifestaciones públicas, manipuladas en muchos casos, decidió que Fernán-Gómez era un señor atrabiliario, violento, malhumorado, y quedó oculto el Fernán-Gómez amable, encantador incluso, sensible, tímido, generoso, que algunos ya sabíamos que era desde que tuvimos la suerte de conocerle.

Fernando Fernán-Gómez ha sido un hombre oculto hasta su reciente y dolo-

rosa desaparición. No así para el numeroso colectivo de «los cómicos», que abarrotaron sus exequias en uno de las despedidas más cálidamente teatrales (en el sentido noble del término) que este cronista recuerda.

Fernando Fernán-Gómez también escribió sobre niños. E incluso para niños. Yo tuve algo que ver en esto último.

Para que nunca sean malos

En la dedicatoria del libro *Los ladrones*, ² dice FFG:

«A Helena Amaranta y a Fernando, para que nunca sean malos». Supongo yo que se refería a sus nietos. Y no debe extrañar que el texto sea tan didáctico, moral o pedagógico, como lo quiera llamar quien así quiera hacerlo. Porque FFG siempre fue un satírico, al estilo del siglo XVIII, de estirpe cervantina, o de la escuela Swift, es decir un moralista con sentido del humor. Y al escribir su primer cuento infantil decidió con naturalidad que debía ser un texto ejemplar.

En ese año de 1986 en que se publicó este librito, Emilio Pascual —bien conocido por los lectores de *CLIJ*— y quien esto firma, pusieron en marcha

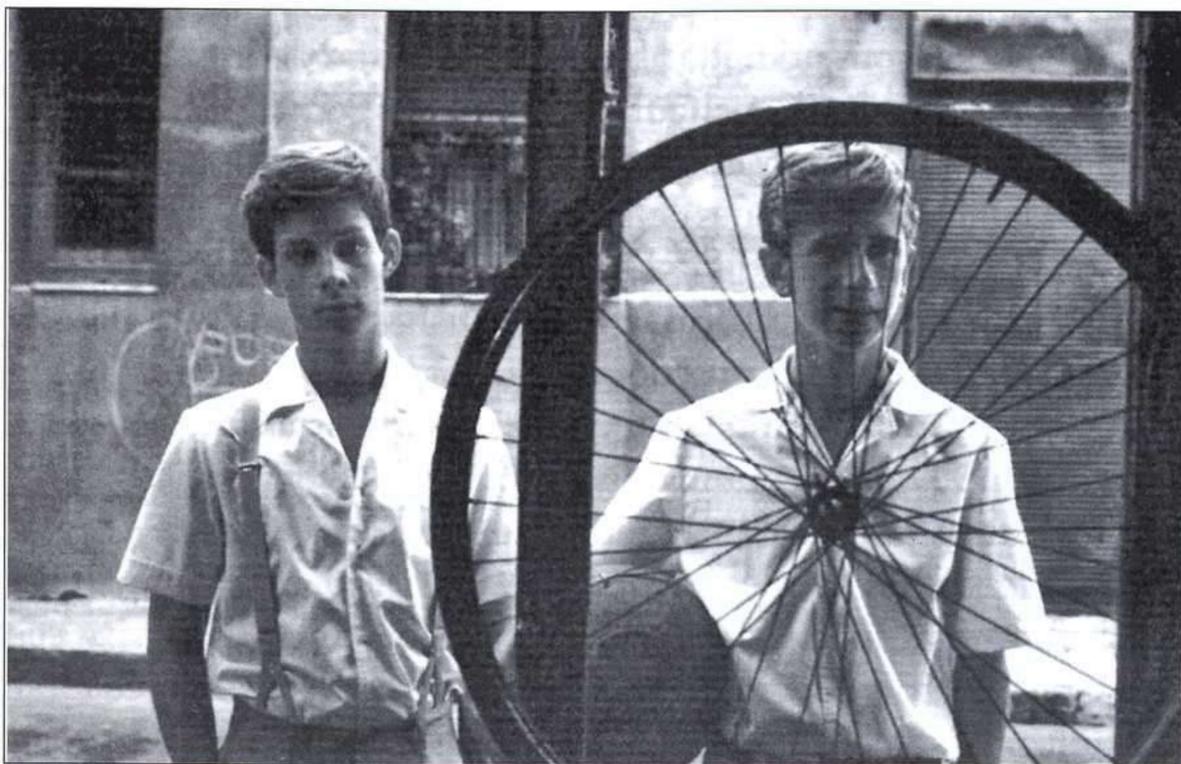
una colección que pretendía rescatar para la narrativa infantil y juvenil a escritores que no hubieran cultivado ese tipo de literatura, como opción preferente, aunque sin descartar a los autores especializados. Así publicaron en *Luna de Papel*, Ana María Moix, Juan Madrid, Soledad Puértolas, Jaime de Armiñan, Fernando Savater, Jesús Fernández Santos, Carmen Santonja... Y Emma Cohen, «compañera (de FFG) de mi mejor verano», según aparecía en otra dedicatoria, la de *Las bicicletas...* Sobre la confección y posterior edición de los relatos de esta pareja ³ todo fue rápido, sencillo, entusiasta. Emma Cohen se volcó en su mundo infantil, y me refiero tanto al de sus relatos como al suyo propio, *Peter Pan* femenino que nunca ha crecido y que iluminó de forma muy especial buena parte de la vida y la obra de su compañero Fernán-Gómez. Y de sus amigos comunes. Él, por su parte, se puso a escribir con la disciplina de quien ha estado siempre acostumbrado a ella, por sus otros oficios principales, ⁴ y nos entregó un relato clásico y «ejemplar», como no podía ser de otra manera según ya dijimos. Y narrado con la mayor soltura. Como si FFG, hubiera escrito siempre para niños. O como si, igual que su compañera, no hubiese dejado nunca de serlo.

No es nada fácil —quien esto escribe lo sabe bien por experiencias profesionales, algunas propias— escribir sobre niños. Y sobre todo para niños. Encontrar la voz con la que reflejar determinado mundo que sea accesible y atractivo para un lector tan especial requiere humildad, sabiduría y aptitudes peculiares.

Respecto a la voz —y en el caso del autor que nos ocupa, en su forma más física— leer *Los ladrones* es como escuchar al propio actor diciendo el texto. La creación del protagonista Retal, llamado Colasjúnior cuando deja de ser un niño, es propia de quien imagina a sus personajes como para verlos en carne y hueso. Así, todas las demás criaturas del cuento, no sólo personificados en tipos fácilmente visibles, sino nombrados por caractónimos, ⁵ véanse la ciudad de Tranquilópolis, Malamontaña, el rey Historieto, los ladrones Desperdicios, Caramala, y el mejor (nombre) de todos: Supermierda.



SHULA GOLDMAN, LOS LADRONES, ANAYA, 1986.



Fotograma de *Las Bicicletas son para el verano* (1984), de Jaime Chávarri.

Las personas del relato son unos buenos, muy buenos, y otros malos, muy malos. Este aparente maniqueísmo responde a la simplicidad de toda parábola, a la intención directa del relato ejemplar. Que transmite una moral, sin duda, aunque no cae en la moralina. Gracias, claro, al talento del autor. Y a su falta de pretenciosidad. Si la autoridad del monarca aparenta una conformidad política, es porque el autor bebe en los clásicos: No en balde Fernán-Gómez conoció bien (y representó en su día) textos como *Fuenteovejuna* o *El alcalde de Zalamea*.⁶

Los cómicos

Fernando Fernán-Gómez se sirve de todos los elementos clásicos del cuento infantil. La ubicación rural, la monarquía como referente de autoridad, el bien contra el mal —o mejor al revés—, la mirada del niño, curiosa y valiente, dispuesta a aprender del sabio —Pepinillo, uno de los personajes más conseguidos del cuento— y a salvar al pueblo, pero también introduce en el relato elementos personales o de su propia tradición: como la referencia a los cómicos, colectivo hoy tan vilipendiado por el reaccionarismo interesado,⁷ y donde él nació, creció



y se hizo célebre y maestro. Una de las estrategias de los malísimos ladrones de Malamontaña para robar a los buenísimos habitantes de Tranquilópolis, es desvalijar de barbas postizas, pelucas y trajes viejos a los cómicos para luego disfrazarse: «Desperdicios sabía que a los cómicos era inútil asaltarlos, porque

nunca tenían nada: ni dinero, ni comida, ni cosas de valor...». Fernán-Gómez homenajea así a su estirpe, con el cordial conocimiento de su indigencia.

La voz de la vida, la voz del teatro

Todo contado con el lenguaje oral más que con el escrito: La voz de la vida. En toda su obra literaria, Fernán Gómez insistió en escribir determinadas palabras como se suelen decir en la vida real. Y estamos hablando de un autor que acabó siendo miembro de la Real Academia Española, a la que llevó con frecuencia el habla de las gentes del teatro, de las criaturas de la calle, de sus personajes de porterías, cafetines, escenarios, pensiones.

Pero también, ya lo dijimos, con la voz del teatro. Suena como si lo estuviera leyendo él en alto, o quizá eso nos ocurre a quienes le oímos tantas veces. Pero, además de los cómicos, el fantasma de Shakespeare se nos aparece cuando se define a alguien como «él era como era, malo de punta a cabo». Yago decía algo muy parecido de sí mismo en *Otelo*. Quizá otra vez nos influye el conocimiento en la distancia corta de quien fue actor inolvidable.

La fantasía

No es la fantasía, como género o estilo narrativo, un campo muy frecuentado por Fernán-Gómez, salvo quizá en la leyenda teatral *Del rey Ordás y su infamia*. Pero quizá es inevitable cuando se escribe para niños. O cuando se escribe como un niño —él dijo que su mayor satisfacción con *Los ladrones* había sido sentirse transportado a su infancia—. De cualquier forma, un realista, tan estricto a veces como este autor, sabía bien que para que la gente fuera feliz en este mundo había que inventarse otro mundo: Un reino que «pilla muy lejos». Y sólo con elementos fantásticos se puede conseguir tanto la felicidad como la persecución y derrota de la maldad y la desgracia: Véanse los inventos del aparato de retratar con que se distingue, por sus colores, los malos de los buenos. Y nada menos que la máquina para remediar el

LA MIRADA DE LA INFANCIA



SHULA GOLDMAN, LOS LADRONES, ANAYA, 1986.

hambre. Pero ni por ésas se hacía ilusiones el autor: «Porque la enfermedad del mal no sólo es hereditaria, sino contagiosa».

Bueno, busquen quienes se hayan sentido interesados, este libro —sólo encontrable ya, supongo, en librerías especializadas en deseados ejemplares perdidos y huérfanos. O sea, en desen-

terrar tesoros. Asunto muy típico de la literatura infantil.

Otros niños

Hay otros niños en la obra de Fernán-Gómez. Vale la pena buscarlos. Él mismo en la primera parte de sus memorias

—*El tiempo amarillo*, seguramente su mejor libro—, la niña Claudia de *La coartada* (permítaseme decir que la estrenó Rebeca Tébar, hija de quien esto escribe, en el mismo teatro que hoy lleva el nombre de su autor). Y los entrañables protagonistas infantiles de las novelas *El viaje a ninguna parte* y *La puerta del Sol*, hijos de la farándula y de la guerra. Más el inolvidable Luisito de *Las bicicletas son para el verano*, a quien su padre le da un pitillo después de tres años de guerra. Y le dice: «—Sabe Dios cuándo habrá otro verano».

Porque antes dijo aquella frase, la que se ha hecho más famosa en la obra de Fernán-Gómez y que se cita ya de memoria: «—.... no ha llegado la paz, Luis, ha llegado la victoria».⁸

En verso

De la producción poética de Fernán-Gómez, quizá la menos conocida de su obra,⁹ es posible entresacar algunos versos para despedir este viaje a la infancia de quien fue nuestro mejor cómico, nuestro mejor trágico, nuestro más añorado maestro en tantas cosas de ver, soñar y vivir:

—Recuerdos de la abuela, cuando él era niño de verdad:

«...también aquí debo hacerme niño / y pensar lo que tú pensaras...».

—Para que el hijo lo recuerde:

«No eres hijo, como todos,
de la col, de la cigüeña, de París, de la Paloma...»

VISITE NUESTRA PÁGINA WEB

Dirección

Favoritos Historial Buscar



www.revistacli.com

- Consulte los sumarios de cada mes.
- Las ofertas de monográficos y números atrasados.
- El Índice 17 años de **CLIJ** en CD (con una *demo* de prueba).
- Las tarifas de publicidad.
- Las condiciones de suscripción.

Eres hijo de un milagro
que ocurrió poco antes de la auro-
ra...».

—Y la nostalgia de cuando, niño, te lo
creías todo:

«¡Ah, dulce mundo de los cuentos de
Calleja, en los que el ogro
lo pasaba siempre mal pero no había
nunca que pensar
en él!».

—Porque el ogro, bien lo supimos lue-
go, no lo pasaba siempre mal, ni mu-
chísimo menos.

Y los niños ya no son lo que eran:

«Ya desde hace muchos años los ni-
ños leen tebeos
en la misa mayor».

Pero ¿hay ya tebeos? ¿Hay misa ma-
yor?

Fernando Fernán-Gómez sí hay. Y to-
dos los niños que hubo en su interior. Lo
dicho: búsqúenle en sus libros. ■

***Juan Tébar** es cineasta y escritor.

Notas

1. En ese mismo año, el que esto escribe —o sea
Juan Tébar— publicó *Fernando Fernán-Gómez,
escritor (diálogo en tres actos)*, colección De Pa-
labra, Anjana Ediciones. Libro por desgracia
incontrable, aunque afortunadamente obsoleto,
porque se escribió cuando Fernando Fernán-
Gómez aún no se había convertido en el escritor
—novelista sobre todo— que llegaría a ser. La
publicación intentaba informar de sus escritos an-
teriores, poco difundidos entonces, pero aún ig-
noraba, lógicamente, los que estaban por venir.

2. *Los ladrones*, de Fernando Fernán-Gómez. Nú-
mero 1 de la colección Luna de Papel de Anaya.
Con ilustraciones de Shula Goldman. Publicado
en 1986.

3. Emma Cohen publicó dos: *Alba, reina de las
avispa* (1984). Y *Miranda Hipocampus o la isla
del aire* (1990).

4. Quien piense que el trabajo de actor, de direc-
tor, de guionista, televisivo, cinematográfico, o
teatral en su caso, no es una labor de sacrificio,
orden, obediencia, y cumplimiento puntual, es
que no tiene ni la menor idea de lo que son esos
oficios. Aunque, eso sí, todo el mundo opina so-
bre ellos.

5. «Caractónimo» es el nombre dado a un perso-
naje por características propias: Que significa algo,
además de denominar a la criatura. Como el
del protagonista infantil de este cuento, llamado
«Retal» mientras es aún un trozo de persona, an-
tes de ser adulto. Dickens cultivó el caractónimo
muy brillantemente, aunque algunas traducciones
lo oculten.

6. Esta obra es seguramente su último trabajo co-
mo actor en teatro, en la misma sala madrileña
que hoy ostenta su nombre, el antiguo Centro



FUENCISIA DEL AMO, LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO, VICENS VIVES, 1996.

Cultural de la Villa, ahora Teatro Fernán-Gómez.

7. Por otro lado, como ha ocurrido siempre: Ya se
sabe, y si no aquí lo digo, que en viejos tiempos,
los actores, llamados «tirititeros» hoy con malísi-
ma intención, no podían ser enterrados en sagra-
do. Y no sólo los actores: en tiempos menos vie-
jos, los estudios de Hollywood discriminaban a
los guionistas impidiéndoles el uso de los mis-
mos comedores que a los directores, productores
y estrellas.

8. *El tiempo amarillo*, Madrid: Debate, 1990.

La coartada, editada con *Los domingos, bacanal*,
en Selecciones Austral, de abril del mismo año.

El viaje a ninguna parte, novela (antes guión ra-
diofónico, luego película), Madrid: Debate, 1985.
La puerta del Sol, Madrid: Espasa Calpe, 1995.
Las bicicletas son para el verano. Estrenada en el
teatro Español de Madrid el 24 de abril de 1982.
Publicada en la colección Austral Teatro, Madrid:
Espasa Calpe, 2006.

9. Fernando Fernán-Gómez, *El canto es vuelo*,
Madrid: Colección Visor de Poesía, 2002.